



# EL ORDEN DE NUESTROS DESEOS (**LA TEMPLANZA**)

**TEMA 8** / SESIÓN PRIMERA

## TEMA 8 / SESIÓN PRIMERA

### IDEAS

- El cristiano mira de forma profundamente positiva toda la creación.
- La templanza consiste en la orientación del deseo hacia el verdadero amor de cosas y personas, es decir, conforme al designio divino.
- El Espíritu Santo es la ley interior que viene a ordenar nuestros deseos.

### DESARROLLO

*Gn 1,31. Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien. Y atardeció y amaneció: día sexto.*

El cristiano es profundamente positivo frente a las realidades creadas materiales y personales. Ambas dimensiones de la creación están en el centro de la virtud de la templanza, que orienta los deseos (instintos/dimensión personal) al honesto disfrute de las realidades creadas (materiales y personales). Leamos, al respecto, unas bellas palabras de Pablo VI: *La visión cristiana del cosmos y de la vida es, pues, triunfalmente optimista; y esta visión justifica nuestra alegría y nuestro reconocimiento de vivir; por eso, cantamos nuestra felicidad celebrando la Gloria de Dios (cf. el Gloria de la Misa)* (Catequesis, *Libranos del mal*, Pablo VI).

La visión “triumfal y optimista” del cristiano no se confunde con la doctrina errónea de Pelagio que consideraba al hombre (recién nacido) “naturalmente bueno” (cf. sin mancha de pecado original) o, como sostenían los ilustrados de los s. XVII y XVIII, que defendían la misma tesis desde la exaltación de la razón y la confianza absoluta en las capacidades del hombre. J. Pieper nos prevenía de caer en este error con las siguientes palabras: *El liberalismo progresista no podía reconocer, de acuerdo con sus premisas básicas, que existiese en el hombre una rebelión de las potencias menos elevadas del alma contra el dominio del espíritu y, por tanto, niega que el hombre hubiese perdido por el pecado original el orden interior genuino de su naturaleza (Virtudes fundamentales, p.21)*

La historia real y cotidiana se opone a la idea de un hombre naturalmente bueno, de un hombre completamente ordenado en sus potencias y dueño absoluto de sus instintos. La corrupción de los poderosos, los rencores ante las injusticias (cf. violencias), las pasiones descontroladas en circunstancias concretas (cf. tentaciones) aparecen una y otra vez como fundamento de noticias e historias escandalosas, noticias que se prolongan sin fin: genocidios, violaciones de derechos humanos, guerras, reyertas, estafas, desastres ecológicos.... Los deseos desordenados han robado la belleza al mundo.

La respuesta ante estos males que provienen del desorden de los deseos (cf. *Mt, 15,19: del corazón salen las malas acciones*) fue una llamada a la moderación del deseo, a la templanza. *En el pensamiento griego, las primeras referencias a la templanza (“sophrosyne”) como una*

*cualidad valiosa del espíritu las encontramos ya en Homero, siempre con un sentido de moderación, de restricción ante el exceso...; el mismo Homero cuenta como Hefesto, al sorprender a Afrodita con Ares en adulterio, exclamó: “ésta es hermosa, pero no sabe contenerse”.*

¿Cuál es la respuesta cristiana ante el desorden de los deseos? ¿Sólo es restricción? ¿Cómo hablar de la templanza en cristiano? Para responder a estas preguntas debemos considerar al hombre dentro de la creación y al hombre como una criatura que debe orientar su deseo hacia el amor honesto de las cosas y las personas según el plan de Dios.

La Revelación nos dice que la creación fue llamada a la existencia por el poder de Dios. En el relato de la creación se habla repetidamente de las órdenes dadas por Dios (*cf.* “*mandamientos*”). Dios llama a la existencia. Dios asigna “puestos” concretos a cada criatura en el universo. Dios crea un cosmos. Cosmos, en griego, quiere decir orden-equilibrio. Cada criatura en el plan de Dios tenía su lugar asignado y cada criatura estaba al servicio del plan global de Dios, en cuyo centro estaba el hombre. En este cosmos, orden primero (*cf.* Catecismo 1952: ley natural), la creación mostraba su armonía y belleza y el hombre podía llamar a “este mundo” paraíso. El hombre en medio del cosmos (*cf.* orden y belleza), guardando su justo lugar (*cf.* el puesto y fronteras establecidas por Dios), habría sido feliz disfrutando de todos los bienes de la tierra (*cf.* materiales y personales). Guardar esta belleza y orden es lo que corresponde especialmente a la templanza. Así lo pensaba santo Tomás, pues la templanza -en su noción más genérica- remite a “una moderada y conveniente proporción, en la cual consiste precisamente la belleza” (*S. Th.*, II-II, q. 141, a. 2, ad 3).

El cosmos, sin embargo, no permaneció en el orden de Dios y las criaturas libres dejaron el puesto asignado para ellas en la creación (*cf.* primero los ángeles (*Catecismo* 391ss)- luego los hombres (*Catecismo* 397)). Las criaturas libres rompieron los mandatos de Dios y la creación entera se vio desordenada (*cf.* *Rm* 8,20). El hombre se vio esclavo del deseo desordenado, de la concupiscencia (*cf.* *Rm* 1-2). Sin embargo, en todo momento hubo un orden mantenido por el Verbo (*cf.* salvación y redención), una llamada a la templanza en medio de la concupiscencia, a la colaboración en el plan de Dios (*cf.* *Si* 5,2; *cf.* 37, 27-31), porque el Verbo nunca dejó de ser el Logos de la creación, en la que dejó su impronta (*cf.* *Jn* 1; Prefacio IV: Y cuando por desobediencia perdiste tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca).

La moderación, la templanza, ocupará en la vida postlapsaria (*cf.* tras la caída) un lugar relevante y, por ello, se la considera una virtud cardinal. La virtud de la templanza tendrá, por tanto, que ver con la justa ordenación de los deseos según el plan de Dios.

Obnubilado por el pecado y desordenado en su interior, el hombre necesitó de la revelación para iluminar las tinieblas del error. Por eso Dios nos regaló la Ley escrita que nos dio a co-

nocer el pecado. San Pablo decía: *Yo hubiera ignorado el deseo, si la ley no dijera: no te des al deseo (Rm 7,7)*, por ello san Pablo hablará frecuentemente de la necesidad de la moderación (cf. 1 Ts 5, 6; Rm 13, 13-14; 1 Tm 3, 2-3; 2 Tm 1, 7; Tit 1, 7; Tit 2, 2; Ga 5, 19-21).

En la Revelación, la ley dada a Moisés aparece como un hito en la búsqueda por volver a la armonía y equilibrio del plan de Dios, como una exhortación a retornar a la obediencia, a la medida pensada por Dios. La ley fue contrapunto de los excesos, donde, por ejemplo, se ponía veto a la venganza despiadada (cf. ira) o la sensualidad (cf. lujuria). La ley (resumida en los diez mandamientos) orientaba de nuevo al hombre hacia Dios (cf. primera tabla) y hacia los hermanos (cf. segunda tabla) en el ejercicio práctico de la libertad.

Sin embargo, la Ley no era la meta, sino un pedagogo que debía conducir a la ley perfecta, a la medida perfecta, la del amor (cf. Gal 3,24-27). El Verbo era la Ley primera, intermedia y última; el origen y el final (cf. Apoc 22,13). En Cristo, el Logos de la filosofía griega, se carga de su contenido más profundo, pues el Logos, como Palabra Eterna de Dios, fue quien donó al hombre la nueva ley que venía a poner una nueva medida (cf. Col 1,20: amor reparador que reconcilia todo en el cielo y la tierra). Sólo Cristo podía dar esta nueva ley y, más importante todavía, la fuerza para cumplirla.

Cristo se mostró con poder de restablecer todo en su orden y armonía, no sólo como un pedagogo externo, sino como el que tiene poder sobre lo creado. En los últimos tiempos, Cristo donó el Espíritu Santo restaurador del hombre (cf. Gal 4,3). El Espíritu es esa ley escrita no en tablas de piedra sino en lo íntimo del hombre (cf. 2 Co 3,3), es el amor de Dios actuando salvíficamente en el hombre. La templanza será fruto de esta presencia nueva (cf. Ga 5,22-23).

La medida del cristiano (cf. medida-templanza) ya no estará condicionada por la esclavitud del deseo desordenado (cf. concupiscencia), ni motivada por la ley escrita (cf. pedagogo), sino por el Espíritu, que es fuente de vida nueva (cf. 1 Co 6,19). La virtud de la templanza está enraizada en este don primero bautismal, el don del Espíritu Santo (cf. Catecismo 735-736). Éste da al hombre capacidad de un nuevo conocimiento y de un nuevo amor. Partiendo del don del Espíritu Santo, la virtud de la templanza se fortalece y hace capaz al hombre de vivir sus instintos de forma ordenada y equilibrada, le hace capaz de usar los bienes de la tierra de forma justa y ordenada, amar honestamente.

En la Iglesia católica, esta novedad de vida no se puede entender sin la vida de los sacramentos. La vida de la virtud se enraíza en estos dones de Dios que nos van renovando día a día. Esta renovación nos va conduciendo hacia un amor honesto y comedido de los bienes de la tierra (personales y materiales). En la vida buena, marcada por la virtud de la templanza, el hombre descubrirá ya la bondad y belleza de la creación y barruntará en ella la promesa de un "paraíso" donde podrá celebrar la vida, la vida que el Dios consumidor quiere dar en plenitud.